

AGRAMONTE

IGNACIO Agramonte Loynaz fué una de las figuras de más liberal espíritu entre todas las que intervinieron en la gestación de la guerra del 68.

Hijo de una familia principal de Camagüey, rico, cultivado, inteligente, su perfil se destaca cada vez más como el de un hombre de firme carácter que quiso poner esos bienes al servicio de todo el pueblo, sustrayéndolos al usufructo ambicioso de una casta pequeña y egoísta.

Desde los primeros instantes de Yara, esforzose Agramonte en dar al levantamiento un amplio tono democrático. Por eso lucha contra Carlos Manuel de Céspedes, a quien reprocha el uniforme de Capitán General, y el palio bajo el cual entra en Bayamo. Por eso mantiene en pie, hasta el triunfo, su devoción al poder civil contra los que quieren la unidad en el mando, enfermedad que apenas disimula la dictadura militar. Por eso, en fin, fragua con su incansable esfuerzo la Asamblea de Guáimaro, que dará a Cuba Libre su primera Constitución.

Agramonte es, sin duda, un hijo legítimo de la gran Revolución Francesa, la revolución de la clase a que pertenece. Eso no obsta para que se le censure —como ahora se estila—, su devoción a “doctrinas exóticas”. Se inspira en los hombres de 1789, y quiere para su patria un gobierno justo, en el que pueda el pueblo sentirse representado ampliamente. “Amamos la unión estrecha de todos los cubanos —escribe—, y sin ella no concebimos el bien de Cuba; pero esa unión no puede tener otra base que la de las instituciones democráticas y no podemos cimentarlas sobre el capricho o la voluntad de un solo hombre”. Esas breves palabras definen como pocas su postura; y son, a través de los cinco años que vive en la guerra, el eje alrededor del cual gira su enérgica, poderosa y recia personalidad.

El sentimiento liberal en Agramonte no es sólo cualidad del político, del constituyente y legislador. Aparece en sus momentos más íntimos, y señalan en esa época y en el medio en que se desarrolló y vivió —el Camagüey pacato y prejuicioso de mediados del siglo XIX—, una superioridad de espíritu que lo hace un hombre actual.

Poco antes del estallido de Yara, está Agramonte en la Habana, donde, separado de Amalia Simoni, que pronto será su mujer, rumia desesperado su pena de amor. Sin embargo, no es

LIDER DE LA
DEMOCRACIA

1 8 7 3



1 9 4 1



egoísta. Y como comprende que su novia vive alejada del trato social por la ausencia del sér amado, corre a impedir ese sacrificio estéril, que nada tiene que ver con la pasión al cual se ofrenda. "He oído celebrar una compañía dramática que actualmente trabaja en el Teatro Principal —le escribe—, y como nada me dices de ella, presumo que no asistes a sus funciones. Seguramente irá Matilde con Eduardo algunas veces. ¿Por qué no los acompañas? Si fuera por consideraciones a mí, te advierto que no te las agradezco, porque no soy afecto a esos sacrificios que no conducen a otra cosa que a mortificar vanamente a quien los hace, y detesto el vanidoso egoísmo de los que quieren llevar la ostentación hasta en los vínculos de los corazones, presentando a los ojos del vulgo el amor subyugado al capricho o la necesidad. Yo comprendo —agrega deliciosamente—, que se censurara que una joven que tiene fuera su amor (¿verdad que soy tu amor?) corriera en pos de todos los bailes y diversiones, pero no es racional que se encierre y que huya sistemáticamente del teatro y de todo lo que ofrece expansión y entretenimiento al espíritu".

Otra vez, está en los campos del Camagüey, ya en plena guerra. Acaso es cuando ha resignado el mando ante Céspedes, inconforme con éste. Vaga sin tropa, en compañía de cuatro fieles. Hace tres días que no prueban bocado. Ya es muy entrada la tarde y, antes de echarse para descansar, Agramonte encarga a su asistente que haga un último esfuerzo, a ver si encuentra algo que comer. El hambre los está matando a todos. El asistente parte, y cuando desesperan de verle otra vez, comparece trayendo una guayaba, que ofrece a su jefe. ¿Quién si no éste tiene derecho a quedarse con la fruta? Agramonte la toma. Saca su cuchillo de campaña y dividiéndola en cuatro partes iguales, las distribuye entre sus acompañantes. Después exclama, con una sonrisa:

—Cuatro entre cuatro, a uno...

Fué sin duda un gran carácter. Amó la libertad. Odió la injusticia. Predicó la unión de todos los cubanos... Ahora, a los sesenta y ocho años de su muerte en Jimaguayú, su palabra, su gesto, su proyección democrática, encontrarían profunda resonancia en nuestro pueblo si se le conociera mejor. Porque de los gloriosos próceres de la Guerra Grande él es uno de los que más cerca están, en acción y en pasión, de la Cuba, todavía irredenta, de nuestros días.

May, Mayo 11 / 41

